

DEL SALON AL CABARET

Música y baile de la Belle Époque chilena

En el Centro de Extensión de la Pontificia Universidad Católica, prestigiado epicentro de las expresiones más significativas de la cultura nacional, en los últimos días de agosto, cumplió un breve pero exitoso ciclo la producción escénica, del Instituto de Música de dicha casa de estudios, titulada: "DEL SALON AL CABARET."

En el marco del décimo cuarto concierto de la Temporda Oficial de conciertos U.C. en un amplio escenario, con adecuados recursos técnicos, y un público que aplaudió entusiastamente cada una de las interpretaciones, transcurrió esta didáctica obra músico-coreográfica en cuya dirección y producción musicológica hizo su aporte el prestigiado investigador Juan Pablo Gonzalez y en lo teatral y musical, Miguel Angel Jimenez, sin dejar de destacar la responsabilidad instrumental del maestro Luis Advis.

De gran solvencia musical, de significativa pulcritud interpretativa, y de un bien coordinado desarrollo escénico, resultó la propuesta de rescate de algunos aspectos de la sociabilidad de la emergente mesocracia santiaguina en las postrimerías de la Belle Époque chilena, en que la influencia europea, y principalmente cortesana francesa, comenzaba a ser desplazada por la inglesa de norteamérica, encontrando adecuado eco en un Chile provinciano, de profundo carácter imitativo, que vivía significativas transformaciones sociales.

La obra estructurada en cinco cuadros: "Salón

del Centenario"; Cuplé en el Politeama"; "Terraza del Forestal"; "Dancing Lido"; "Fiesta de la Primavera", fue transcurriendo hilvanada, ya por los bellos entremeses musicales de una Orquesta de Señoritas, o ya por los didácticos libretos de un relator, que ajustadamente personificó el maestro González, lo que fue dándole unidad y marco musicológico, a lo que iba ocurriendo en el escenario.



A escenario descubierto, con una creativa caja rectangular rodada, de grandes dimensiones, a modo de escenografía móvil, que se le giraba ya dando ambiente a un salón, a un rincón del Parque Forestal o a un cabaret de robusta cupletera, lograron darle inocente marco a las diferentes escenas. Una evocación, tal vez, del antiguo y breve escenario decimonónico de la terraza Marcó del cerro Santa Lucía que, adosado a la rocosidad del cerro, hacia 1886, abría sus puertas y sacaba de su interior bancas, telones y una plataforma que oficiaba como estructura escénica, y que hacia fines de ese año dio paso al importante Teatro de Variedades del Cerro donde se celebraron también las primeras Fiestas de la Primavera organizadas por la Federación de Estudiantes.

Interesante resultó observar el esfuerzo

interpretativo de las expresiones coreográficas de los Manuales de tan connotados maestros de danzas como Zubicueta, Green, Chacon, seguidores en estas lides de los precursores maestros Robles, Gelinet, Charrière, Paz, en la recreación de las danzas, a cargo de la coreógrafa Francisca Infante. Un comprensible gran auge tuvo la labor de estos y otros maestros desde que, a partir de 1893, se declaró obligatoria la enseñanza de la música y el baile en las escuelas, y los maestros de danzas desplegaron gran esmero en su labor docente, a lo largo del país, entregando en sus Tratados elementos históricos de los bailes, teoría de los pasos y figuras, además de normas de urbanidad, etiqueta y buen tono. Los discípulos se esforzaban en su aprendizaje pues una leve falta a estas enseñanzas podía significar un doloroso ostracismo social.

Un evocador y policromado repertorio, llevó a los asistentes ya por un viaje por las lejanas costas habaneras y su negra esclavitud conversa en nostalgias marineras, aún vigentes en las costas catalanas de Palafrugel; ya por los acriollados giros franceses del vals de figura de las cortes de Luis XV, entrecruzado por lúdica jácara de un sutil cotillón; ya por la gran zamacueca, madre de América; ya por la regordeta mariposa del Politeama o la nostálgica violetera del canto maternal; ya por las vibraciones emotivas del pasodoble del

organillo; ya por la curiosa maxixe o el shimmy araucano; ya por el chilénísimo tango de la calle Bandera; ya por tanto repertorio..... culminando con el luminoso y esperanzado himno de los estudiantes de la primavera de 1930, cuando recorrían los faldeos del Santa Lucía, o la calles céntricas, con sus alas abiertas arrancando de los labios la viva canción..... al ritmo de sus cascabeles de dulce y claro tintinear.... mientras una estudiantina del magisterio despedía a los asistentes con un repertorio juvenil que mantiene vigente a estos antiguos y otros emergentes ritmos.

Estas fueron evocaciones musicales tan necesitadas de recuerdos y tan luminosas de esperanzas, que más de una emoción o más de una sonrisa hicieron germinar, sincera y generosa, en el corazón de los espectador.

DEL SALON AL CABARET, es una obra necesaria, es una adecuada y talentosa síntesis escénica, fruto de una acuciosa y sistemática investigación musicológica, que en un lenguaje coloquial nos pone frente al mágico espejo de nuestra identidad donde se pueden mirar las antiguas y las nuevas generaciones. DEL SALON AL CABARET promete un largo camino que ya ha comenzado exitosamente con este primer paso.

Ramón Andreu R.

